

hay para el Particular en la búsqueda de la salvación. «Sufre todo el dolor del héroe trágico, aniquila su alegría terrena, renuncia a todo, y es probable que en el mismo momento se cierre a sí mismo la posibilidad de alcanzar la exaltada alegría, tan preciosa para él, que habría estado dispuesto a comprarla a cualquier precio. Quien lo observe, no le podrá comprender y mucho menos sentirse lleno de confianza al descansar en él su mirada.»²

En una palabra, todos están dispuestos a verter sus lágrimas por el héroe trágico, por Agamenón, pero nadie está dispuesto a hacerlo por Abraham y su sacrificio, ni por el Particular cubierto por el simulacro de alegría divina pero destinado a la nada, a la angustia, al pecado. La incomunicabilidad de Nietzsche está allí en sus umbrales. «Un individuo aislado tiene siempre la culpa, pero con dos empieza la verdad.» Estamos ante la locura del hombre solo con sus pensamientos. La sabiduría empieza con la comunicación entre dos. No hay medio de comunicar. «Estoy más escondido que los que están escondidos.» Este es el *Leit-Motiv* de Nietzsche en los umbrales de la nada. Treinta años más tarde Heidegger instalará en el pensamiento moderno, definitivamente, escuetamente, con una frialdad que siempre ignoraría Nietzsche, la filosofía de la nada. Es éste el marco necesario para proceder a un adecuado recuerdo de la obra y la personalidad de Heidegger en el centenario de su nacimiento. Porque Heidegger nació a la vez que Zarathustra, el descubridor de la nada en la locura de las palabras. Zarathustra busca su reposo en la charla con los animales. La locura de la palabra. Estamos ante las perspectivas de la teoría «negativa» del hombre, «la autonegación de la voluntad de vivir», que Schopenhauer proclama y que Freud recogerá en su *Más allá del principio del placer* y su idea del impulso tanático. Alejado, en la idea de Schopenhauer, siguiendo los caminos negativos del hombre según duda de la realidad de los instintos, y de la condición animal, abierto ante «las formas superiores» de la cultura y la vida, el hombre de la angustia existencial, el de Buda, el de Schopenhauer, el de Kierkegaard, el de Nietzsche y de los estoicos viejos y nuevos, el de Freud —se sumerge en la negación «salvadora» de la voluntad de vivir. Scheler ha sorprendido la estupefaciente semejanza entre la libido y el impulso tanático de Freud y las doctrinas de Schopenhauer al definir el malestar que producen en los impulsos fundamentales del hombre, las formas elevadas de la cultura y del espíritu. Scheler ha puesto admirablemente al descubierto las aporías de la teoría negativa del hombre al tomar efectos por causas en la explicación de la función de los impulsos en las formas de angustia y del miedo a la vida y a la muerte. Pero allende la explicación misma, este miedo existe, y la «sublimación de la vida en el espíritu» propugnada con su sin par inteligencia por Scheler permanece en la actual situación existencial y metafísica —ambas presentes en la raíz de la filosofía de Heidegger— en la civilización planetaria, también analizada en sus esencias por el Heidegger último, en los dominios de los «desiderata»³.

Es la conciencia negativa la que impide, según Nietzsche, la comunicabilidad, el eludir de la nada, superar la angustia vital. La conciencia del infinito, a la manera de Pas-

² Cfr. Sören Kierkegaard, *Temor y temblor*. Editora Nacional, Madrid 1975, pp. 129-130.

³ Cfr. Max Scheler, *El porvenir del hombre*. Ed. Espasa Calpe, Madrid 1942, pp. 163 y sigs.

cal, es la fuente del miedo, lo que según Nietzsche, impide que la verdad sea comunicada. De ahí la necesidad del simulacro, del «lenguaje» indirecto, del acceso kierkegaardiano a los pseudónimos. Comunicación indirecta, máscara, simulacro. Todos ellos componentes del *Dasein* en cuya compañía la metafísica heideggeriana se enfrentará con la nada y sus manifestaciones: el miedo, la angustia, el aburrimiento. El simulacro determina a Nietzsche a asimilar a Dios con el Arlequín, escalando hasta la locura de la máscara para que el hombre vuelva a encontrar su valor en la profundidad de su ser. Falaz empresa ontológica que abre las grandes vías al nihilismo imperante. Y las grandes frases que acompañan la profecía en trance: «No es la duda sino la certeza lo que nos lleva a la locura. Pero es preciso que seamos profundos, abismo, filósofos, para sentir así. Todos tememos a la verdad». Todo ello acompañado por el horror al silencio: «Ahora todo calla, el mar se extiende... el mar no puede hablar, el cielo no puede hablar.» Pero todo nace en la ambigüedad, en las ambigüedades poéticas y estilísticas, en las metáforas contradictorias del profeta de Sils María.

Tanto la angustia vital como la ansiedad humana de tipo mundano, aparecen como anónimas por carecer del objeto en que recaer. La existencia humana, a través de su angustia existencial, se queda según Philipp Lensch (*La estructura de la personalidad*, ed. Scientia, Barcelona, p. 280, 1962), «al borde de una nada indescriptible, donde se está en peligro de caer». La angustia mundana está bajo la amenaza de la nada en la vida del hombre, a pesar de la falta de objetividad de la nada. Según Lersch, la presencia de la nada se coloca antropológicamente bajo el signo de la metáfora.

No son así las cosas en Heidegger. Conviene por ello abordar la totalidad de su obra, *al amparo de su idea de la nada*. Esta idea ocupa la parte «más metafísica» y acaso más espectacular de su obra. Ella constituye en la primera etapa de su actividad el gran impacto de su presencia en el mundo del pensamiento. Su orientación, aunque dispersa y caleidoscópica, ulterior, hacia nuevos tipos de ontología, mantendrá con todo el color y el vigor de este primer impacto que asegura su éxito no sólo primero sino permanente. Por ello, antes de evocar a Heidegger como totalidad filosófica se nos antoja necesario ver en qué consiste su acercamiento al mundo de la nada, y en qué términos metafísico-existenciales lo hace. El tema lo aborda Heidegger en forma fascinante en *Was ist Metaphysik?*, texto bellamente trasladado al castellano por Javier Zubiri, acaso para contrarrestar el galimatías de la versión en tierras mejicanas de *Sein und Zeit*. Heidegger se acerca al problema de la nada, al plantear el problema del ente. El acercamiento es metafísico y ontológico a la vez. Planteando el problema del ente, Heidegger hace que surja inmediatamente lo que está fuera del ente. Ente solo y nada más. Únicamente ente y fuera de él, *nada*. Para que surja naturalmente la pregunta: ¿Qué pasa con esta nada? ¿Es un azar que hablemos tan espontáneamente de este modo? ¿Será una manera de hablar y nada más? La pregunta que plantea es un instante de una nueva revelación del ser del hombre que irrumpe en el mundo y «hace ciencia». Pero todo ello acompañado por una paradoja. Este enfrentamiento del hombre con la nada tiene lugar en un instante en que la ciencia rechaza la nada y la reduce a la categoría de «nadería». Porque según parece, la ciencia no quiere saber nada de la nada. Pero para expresar su propia esencia, he aquí que la ciencia misma recurre a la nada. Todo ello acompañado por una interrogación que es en sí una provocación. Mejor dicho, varias

interrogaciones. En torno a lo que pasa con la nada, a lo que es la nada. Con la particularidad de que toda pregunta y toda respuesta sobre la nada son un *contrasentido*. Lo que no impide la validez de la vieja aserción de Hegel, de aún más viejas resonancias antiguas: «El ser puro y la pura nada son la misma cosa.»

Negatividad. Miedo metafísico

Ante la pregunta por la nada, pregunta esencial y en gran parte preliminar a toda comprensión de la contribución heideggeriana a la filosofía, nos encontramos con algo que es y no es ente y sobre todo ante algo que «trueca lo preguntado en lo contrario». La pregunta se despoja a sí misma de su propio objeto. La índole de las futuras y ampliamente desplegadas preguntas heideggerianas sobre tiempo y espacio, sobre el destino histórico del hombre y la naturaleza de su potencia creadora, se prefigura en esta preliminar pregunta heideggeriana sobre la nada. Nos movemos, afirma Heidegger en relación con esta pregunta, previa y última a la vez, no lejana de la pregunta estremeceadora de la ciencia sobre la esencia del infinito, en el terreno del contrasentido del propio pensamiento que es obligado a pensar «algo» que no es *algo*. Se plantea con esto la cuestión de la intangibilidad de la soberanía de la lógica. Concretamente, de la lógica del entendimiento. Pero con ello no estamos en los simples dominios de la negación. Cuestionada hasta el límite por la naturaleza del ente, por cuanto la nada «es la negación pura y simple de la omnitud del ente». Pero en compañía de la nada nos encontramos ante lo cotidiano en su capacidad de abarcar el ente *total*. Un todo que se vierte existencialmente sobre nosotros mismos, nos sobrecoge, nos lleva al miedo y al *aburrimiento* verdadero. El aburrimiento profundo. El que «va rondando por las simas de la existencia como una silenciosa niebla y nivela todas las cosas, a los hombres y a uno mismo en una extraña indiferencia, este aburrimiento nos revela el ente total». En cuanto algo esencial que abarca al hombre en su propia profunda humanidad como expresión de la vida cotidiana, de su existencia en el mundo. Proceso complicado y profundizado éste por una predisposición de ánimo —temple— de la existencia del hombre colocado ante la nada misma. Una situación radical ésta que lleva el nombre de *angustia*. Heidegger distingue, en la línea del nihilismo nietzscheano, cuyas fuentes históricas europeas Nietzsche pone de manifiesto en su teoría de la *Umwertung aller Werte*, entre angustia y miedo. Mientras el miedo posee su propia determinación, la angustia se halla en la imposibilidad esencial de salir de la indeterminación.

La angustia es una especie de desazón que «hace patente la nada». La nada se hace patente en la angustia. Y esta interdependencia entre angustia y nada, el ente y como tal histórica y existencialmente el hombre, se «hace caduco». No se aniquila como quisiera Buda en su «catarsis» sino simplemente decae. Se anonada. A la manera de Schopenhauer. Y con ello Heidegger quiere obtener la respuesta a la pregunta acerca de la nada. «La nada no se presenta por sí sola, ni junta con el ente, al cual, por así decirlo, adhiere. *La nada es la posibilidad de patencia del ente, como tal ente, para la existencia humana*. La nada no nos proporciona el contra-concepto del ente, sino que pertenece originariamente a la esencia del *ser mismo*. En el *ser* del ente acontece el anonadar de la nada» (pp. 41-42).